

# PAPÁ Y EL *BIG DATA*



## CARLOS ANDRÉS SALAZAR MARTÍNEZ

Humanista e ingeniero. Desarrollador de software y ensayista. Profesor e investigador.  
Ilustración *Aguja colipinta (limosa lapponica)*, Kevin Simón Mancera.

A F. de Jesús

**M**i papá ya hacía *big data* en los noventa. Todas las mañanas, en su oficina, revisaba archivos en múltiples formatos y tipos de letra. Procesaba la información de direcciones en cada una de las etiquetas y sopesaba la importancia que suponía su entrega oportuna para el normal funcionamiento de la empresa. En el mapa, cada vez más depurado de su propia ciudad mental, calculaba las rutas probables y tenía la capacidad de poner sobre éste los posibles retrasos por la lluvia, por los ascensores, por las filas o por los trancones al entrar y salir del centro. A estas pérdidas le restaba los posibles ahorros de tiempo, intercambiando diligencias no esenciales con algún conocido, evitando la cola con un par de cajeros amigos o esquivando los saludos incómodos de colegas en los pasillos. Y así lo imagino yo. Las probabilidades iban desfilando por su mente y le permitían predecir, dadas las circunstancias y gracias a su inquebrantable energía, que tendría el tiempo suficiente para hacer las vueltas que mi mamá o el resto de la familia le imponíamos y esperábamos a su regreso: un sesgo de mil variedades, un oasis de la Placita de Flórez o el último número de *Nat Geo*. A finales del siglo pasado, tener la capacidad de predecir las eventualidades se constituía en una de las cualidades más apetecidas en las entrevistas de trabajo para ellos, los mensajeros.

Evidentemente, este no es el *big data* como lo conocemos, pero sirve para señalar algunas de las ambiciones de los desarrolladores y analistas. Por ejemplo, convertir los datos en información y transformarla en el conocimiento necesario para predecir eventualidades e, incluso, evaluar cómo el desenlace de un fenómeno puede verse afectado por un mal pronóstico.

Empresas de envíos como Amazon y de domicilios como Rappi, con una fuerza de trabajo conformada en esencia por mensajeros que ya no necesitan conocer la ciudad para recorrerla y analistas abrumados por la necesidad de dar sentido a la complejidad inherente a los sistemas ciberfísicos, se están convirtiendo en jugadores estratégicos para el desarrollo y la implementación de plataformas basadas en el procesamiento y la asimilación de datos.

Mensajeros que, sin lugar a duda, siguen cumpliendo para sus familias el rol de llevar a las casas y oficinas su conocimiento de un mundo exterior intrincado, caótico, cambiante. Ese del que uno nunca tiene una idea clara por la televisión o el internet. Un mundo lleno de degradaciones y florecimientos, de subordinaciones y escalafones, de novedades extravagantes y rutinas trágicas. Una realidad en constante movimiento, porque, como decía él, “ayer fue más fácil llegar a tiempo” o porque “nunca se habían vendido tantas motos a personas tan irresponsables”.

Por supuesto, en medio de todas esas noticias del afuera, el rol importante del mensajero son sus palabras, pertenecientes a un lenguaje que es familiar y cercano. Llegan como una anécdota de la que no solo él es protagonista. Los buenos mensajeros son capaces de hacernos creer que todos lo somos. Y así, en la mesa, al final del día, el aire transportaba en oleadas el *smock*, el sudor y el polvo que todavía impregnaba la ropa de mi papá mezclándose con calles llenas de historias y de personas anónimas. En cada giro, una nueva edificación o la caída de un puente aparecen, como en las *Ciudades invisibles* de Calvino, dándonos la idea de un mundo reverberante y en el que es posible intercambiar roles una vez cada tanto. En medio de una realidad de la que se hablaba en primera persona y en la que, incluso, los atentados terroristas modificaban la estructura y los recorridos de la fantástica ciudad mental de nuestra infancia.

Google Maps o Waze han transformado el proceso, los recién llegados viajan por la ciudad como si la conocieran. Hacen la fila y entregan la diligencia. Aplicaciones que definitivamente están cambiando el tejido neuronal de aquellos que se sienten obligados a desenvolverse en la ciudad apelando a mapas interactivos. Y es que, en este punto, es pertinente aclarar que, sin ayuda de tecnologías de este tipo, ante la apremiante necesidad de conocer palmo a palmo la ciudad, la parte posterior del hipocampo crece durante la construcción de cartografías de ciudades como Londres, dando lugar a una de las pruebas feacientes de la neurogénesis en los adultos.

La tecnología, quién podría reprochar sus beneficios, no solo modifica el mundo, de paso, nos cambia. Pero quizás, nunca como ahora, el desarrollo de cierto tipo de aplicaciones ha reemplazado de manera radical ciertos fenómenos de la conciencia. Y ha dado pie para el desarrollo de técnicas de aprendizaje automático más especializadas pero sin narrativa. Sí, ya existían los mapas pero no interactivos. Sí, ya existían las agendas pero ninguna tenía esta obsesión de recordárnoslo todo. Sí, ya los datos se convertían en información pero qué difícil es construir, con las evidencias, una narración como las de los intermediarios de aquella época.

La historia de los mensajeros se ha vuelto interesante. Su labor como uno de los elementos esenciales de *la red invisible que hace posible la vida* ha tenido un valor remarcable en 2020. Su función es fundamental. Como en las obras de teatro, llegan con las noticias del afuera, relatos que se desenvuelven en medio de la incertidumbre de la pandemia.

Antes, en el banco, las largas filas eran agotadoras y el sistema de reconocimiento facial de mi papá identificaba sin problema las caras conocidas. Sabía quién iba a tiempo, a quién no le alcanzaría el día, quién estaba de más en la rutina. Algún día lo acompañé. Volamos en la moto. Recuerdo con beneplácito el ingreso a la bóveda de los buzones de códigos postales en el sótano del edificio de la Compañía Colombiana de Seguros. Caminamos por un pasillo lleno de cerraduras. Solo para una de las cajas teníamos la llave adecuada, de ella salieron sobres con estampillas en las que animales, paisajes y colores evocaban cualquier país. Nada que se le compare a la sensación de pasar por todas y cada una de las posibles estanterías y sospechar que, como en las películas, hay un casillero en el que alguien guardó un par de pasaportes falsos, un fajo de yenes y un revólver, por si acaso. Incluso, los edificios que visitábamos esa tarde tenían ese acabado inconfundible de las películas de espías. Los porteros saludaban desde lejos dejándonos pasar y siempre había una lámpara que iluminaba un sobre de manila en un escritorio de madera.

El mundo ha cambiado sustancialmente desde que unos pocos privilegiados eran capaces de escuchar a los dioses y traducir a nuestras palabras sus mensajes. Tenían la habilidad para recorrer las ciudades y volvían maleable el material con el que se construyen las historias que configuran el mundo. No solo eso, en medio de las tensiones que suscitan el adentro y el afuera su papel era un catalizador de lo desconocido. Traducir el mensaje de lo complejo es como la labor que se le encomendaba a Hermes. Ese dios intermediario que tenía la capacidad de interpretar para los humanos el mensaje de los dioses. Su capacidad para transmitir conocimiento era consecuencia directa de su talento para poner toda su atención en el mensaje.

¿Estamos escuchando realmente?

Los datos, la información y el conocimiento son poco si no se puede hablar de ellos. Los sistemas complejos, entre los cuales se encuentran fenómenos que van desde el comportamiento hasta la toma de decisiones morales, son sensados por las cada vez más eficientes y omnipresentes tecnologías digitales. Y serán los analistas quienes cuenten nuestra historia y la del mundo. Pero, ¿tienen o tendrán la capacidad de contárnosla a nosotros los seres humanos? Para la mayoría, simplemente no importa, al fin y al cabo quien aprende es un robot.

Los que hacemos *big data* le debemos a la sociedad una mejor forma de contar aquello que hemos encontrado, hacerla consciente de las transformaciones a las que nos estamos dirigiendo inexorablemente. Las nuevas aventuras por los fenómenos complejos deben tocar a quienes quieren una historia diferente del mundo, siempre.

De regreso a la empresa, al final de la tarde, mi papá seleccionaba paquetes, sobres, recibos y cartas. Los ponía en las cestas de acuerdo con la oficina en la que debían ser entregados el día siguiente. Llenaba los espacios vacíos en la bitácora de la jornada. Se despedía con la misma sonrisa. Llegando a casa pitaba. Y luego, mientras abríamos las encomiendas, ensayaba anécdotas en las que la relación con su jefe era otra de las materias obligadas. ■

